

A este sitio me han guiado.....
Todo lo sé.

Diego.

Pues queriendo

Castigar al inhumano
Que me robó mi contento,
He recibido esta herida.
Batiéndome cuerpo á cuerpo
Con él, que en tierra al mirarme,
Con Leonor huyó al momento.

Fadrique.

¡Esto faltaba á mis penas!
¿Y no baja de ese cielo
Un rayo que me aniquile?.....
Mas no perdamos el tiempo
En quejas que nada alcanzan.
Y agarrando en el momento
En sus brazos, con cuidado,
Al desdichado don Diego,
Entró con él en la casa
De Fernando así diciendo.
“Nada temáis por vuestra hija:
Nada temáis; que os prometo,
En cuanto ya mas tranquilo,
Esteis, mi señor don Diego,
Marchar tras de aqueso hombre;
Y juro á los altos cielos
De su poder arrancarla
Despues de dejarle á él muerto”.



SEGUNDA PARTE.

DIOS Y EL AMANTE:

La su noble faz nublaste
Con nube de deshonra;
Mas yo destaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol.
Que la sangre despercude
Mancha que finca el honor;
Y ha de ser, si bien me lembo,
Con sangre del malhechor.

Romancero del Cid.

I.

H agamos, lector, un viaje,
Si te parece, los dos,
Tras de un alto personaje,
Que yo te daré carruaje
Para seguirle, por Dios.

Que los poetas tenemos
Privilegios tan sin tasa,
Que vamos donde queremos,
Y sin movernos de casa
Todo el mundo recorremos.

Y así van las cosas bien;
Que gente somos urbana
Que sin ver cómo ni á quien,

Al que nos sigue con gana
Le llevamos al eden.

Mas si tú, porque cansado
Estás, seguirme rehusas,
Quedar puedes sin cuidado,
Y sin que busques excusas
Darme un *no* el mas descarado.

Con que sin perder instantes,
Que tanto apréciolos yo
Como á los mis consonantes,
Ven si quieres; y sinó
Tan amigos como antes.

Quédate, que yo á Sevilla
Voy de don Fadrique en pos,
Que me causa maravilla,
Ver que no tiene Castilla
Como él pendencieros dos.

Pero antes te contaré,
Para tranquilo marchar,
Lo que de don Diego fué;
Y de Fadrique el por qué,
Bilbao llegó á abandonar.

Despues de haber al anciano
Colocádole en un lecho,
Y curar su golpe insano,
Salió tras Leonor, ufano,
Ardiendo en ira su pecho.

Era la noche cruél,

Como dicho queda ya;
Pero es favorable á él
Que fiero buscando va
Al hermano de Isabel.

Y pronto de don Fernando
Llegó á descubrir las huellas
Que al huir iba dejando,
Y guiado ya por ellas,
Tras él fué veloz marchando.

Y al relámpago fugaz
Que todo el campo alumbró,
Dos personas descubrió,
Que aunque no las vió la faz,
Por los prófugos tomó.

Y el duro acero sacando
Gritó: “detente Fernando;”
Y este que escuchado hubo
Su nombre, el paso detuvo
La mano á la espada echando.

Fernando.

¿Quién me llama?

Fadrique.

Tu rival,

Que viene á darte la muerte.

Fernando.—¿Tú?

Fadrique— Sí.

Fernando.— ¿Como?

Fadrique.— De esta suerte.

Y furioso cada cual
Se arrojó al contrario fuerte.

Y despues de estar luchando
Largo tiempo con anhelo,
Cayó herido don Fernando
Sobre el muy mojado suelo,
Un ¡ay! terrible lanzando.

Y desmayada Leonor
Cayó tambien sin aliento;
Y Fadrique en el momento,
Cogiéndola con vigor
La arrancó de allí conto.

Y á su padre la entregó,
Como caballero fiel;
Y al fin don Diego sanó,
Y triste Leonor quedó,
Y con esperanzas él.

Mas viendo que se pasaba
Un dia tras otro dia,
Y que Leonor no le amaba,
Y que el tiempo mal gastaba
Con su infructuosa porfia.

Quiso aquel sitio dejar
Y la España recorrer,
Mientras llegaba á olvidar
Aquella hermosa muger
Al que tanto llegó á amar.

Y relatando á don Diego
El viaje que hacer queria,
Dijole que volveria
Cuando Leonor con sosiego
Se hallase y sin pena im pia,

Y no preguntes, lector,
Que es lo que hizo de Isabel,
Que causa el saber-dolor,
Pues la abandonó cruel
Despues de gozar su amor.

Mas pronto de ella hablaremos
Sin olvidar su memoria;
Y tras de Fadrique iremos,
Que hace al caso á nuestra historia
El que de él nos ocupemos.

Licencioso y pendenciero
Y afecto á ruines mugeres,
Atrevido y altanero,
En los juegos el primero
Y el primero en los placeres,

En Sevilla de su nombre
Deja memoria Fadrique,
Que no hay cosa que le asombre
A tan impetuoso hombre,
Ni á su arrojó ponga dique.

Témenle allí los maridos
Que estiman á sus esposas:
Adóranle las hermosás,

Y los bravos y atrevidos
Se ocultan de él cual raposas.

Tiene de *bravo* el renombre,
Que es el valor su divisa;
Mas nadie sabe su nombre,
Pues muda este, no te asombre,
Como muda de camisa.

Para uno es don Juan de España;
Para otros Pedro Munguia,
Para otro Enrique de Ocaña;
Y á todos á un tiempo engaña,
Y de todos se reia.

Segundo don Juan Tenorio,
Tras orgias y amorios
Corre sin mostrar desvios,
Y hasta al mismo purgatorio
Desafia con sus brios.

Si á algun rival que se enoja
Por algun lance de amor,
Reñir con él se le antoja,
Pronto siente la ancha hoja
De su acero matador.

Que él solo sabe vencer,
Burlarse y enamorar,
Y á ningun hombre temer,
Y al que le quiere atajar,
Hacerle el polvo morder,

Fiel siempre para reñir,
Con los hombres no faltó;
Mas á las que enamoró,
Si mucho las prometió
Nada las llegó á cumplir.

Mas aunque á cada muger
Miente su lengua traidora
Un eterno amor tener,
A una solamente adora,
Que es su encanto y su placer.

Llámase doña Mencia
A la que ama nuevamente;
Y á su reja noche y dia,
Con indecible porfia
Pasea constantemente.

Y ella rendida al amor
De tan apuesto galan
Que ponderaba su ardor,
Carrespondió con afan
A su fuego encantador.

Y él tenaz y ella inocente,
El seductor y ella amante,
Y ambos con amor ardiente. . . .
Hubo terrible un instante
Que de ella empañó la frente.

Y sola quedó Mencia
Desde este fatal momento,
Que el que amor la prometia,

Huyó en el siguiente día
Faltando á su juramento.

Y han pasado ya dos años
Sin que haya vuelto á Sevilla,
Que haciendo los mismos daños,
Y con los mismos engaños
Recorre toda Castilla.

Mas ya es tiempo que á Leonor,
Dejando á Fadrique aquí,
Volvamos á ver, lector,
Para que la historia así
Mas clara salga y mejor.

~~~~~  
En aquel mismo aposento,  
En que una noche á estocadas  
Anduvieron Don Fernando  
Y el padre de su adorada,  
Tres personas de ambos sexos  
Reunidas ahora se hallan,  
Segun parece tratando  
De un asunto de importancia.  
Es uno un robusto anciano  
Cubierto de nobles canas,  
La otra una jóven hermosa,  
En cuya faz triste y pálida  
Revela que algo padece  
Su tierna y sensible alma.  
La tercera es de una edad  
Ni muy corta ni avanzada,

Que demuestra en su vestido  
Ser de los otros criada.  
Mas claros: él es Don Diego:  
La hermosa tan triste y pálida  
Es la aflijida Leonor  
Que vive sin paz ni calma;  
Y la última una antigua  
Y cariñosa criada.  
Pero oigamos un instante  
Con atencion sus palabras,  
Para llegar á saber  
El asunto de que tratan.

Diego.

Hija que has vuelto la quietud á el alma  
De un padre que te adora: tú que el llanto  
Has enjugado, que mi triste pecho  
En raudales vertia por los ojos,  
Puertas del corazon que dan salida  
En perlas claras á las negras penas:  
Un sacrificio mas; un sacrificio  
Te pido solamente, porque lleguen  
Hoy al colmo mis plácidas venturas.  
Fadrique, ese tu amante á quien la vida  
Le debo y la honra, si la vida y honra  
Una cosa no son, tu mano anhela;  
Y despues de dos años bien fatales  
De ausencia dice que á mi casa vuelve.  
Esta es su carta, mira, en ella dice  
Te haga saber que viene á ser tu esposo  
Y tu esclavo á la vez, Leonor hermosa.

El de los brazos te arrancó del hombre  
Que en aquella fatal noche terrible,  
En que herido me vistes, te alejaba  
Para siempre de mí. Pero el Eterno  
Que nunca impunes los delitos deja,  
Permitió le alcanzara; y que la muerte  
A Fernando le diera y te salvara.

Leonor.

¡Por Dios! . . . por Dios, callad! . . . no vuestra lengua  
Me recuerde una escena que á mi vista  
Se presenta horrorosa día y noche. . . .  
¡Ah! yo te ví caer, Fernando amado. . . .  
Yó á tu lado me hallaba cuando impio  
En tu pecho el acero de Fadrique  
Abrió mil puertas por do entró la muerte.  
Y al espirar, entre tu roja sangre  
Revolvándote, oí que con ternura  
Mi nombre pronunciabas, que á lo lejos  
El eco entre las rocas repetía.  
¿Y quereis que mi mano dé á ese hombre? . . .  
¿De Fernando al verdugo? . . . No . . . que al darla  
Se manchará sin duda con la suya,  
De fresca sangre de mi bien aun tinta! . . .

Diego.

¡Ah! mi Leonor: la muerte en tus acentos  
Me mandas: cesa, cesa: no así rompas  
Mi tierno corazón. ¿Tú alma, en dos años,  
No ha podido olvidar al hombre impío  
Que es causa de mi mal?

Leonor.

No; quien grabado  
Tiene en su pecho á quien amó constante,  
No le podrá olvidar ni aun en la tumba! . . .

Diego.

Pues bien, ámale, sí: ya no pretendo  
Que destierres de tu alma su memoria;  
Mas á Fadrique, aunque aborrezcas, mando  
Que tu mano le entregues obediente.  
A Dios: piénsalo bien: de aquí á un instante  
Vendré á saber si me obedeces tierna;  
Mas no olvides jamas que es invariable  
La palabra de un noble caballero,  
Y que la mia con Fadrique ahora  
Está empeñada y que sabré cumplirla.

Y abrazando cariñoso  
A su hija desconsolada,  
Salió, pasado un momento,  
De aquella lúgubre estancia  
Donde quedaba Leonor  
Derramando amargas lágrimas.  
Y de un extremo dolor  
Oprimida su tierna alma,  
Para desahogar sus penas  
Prorrumpió en estas palabras,  
En los brazos arrojándose  
De su amorosa criada.

Leonor.

¿Habrá mas penas, Inés,  
 Para el que vive sin calma?  
 No, que tantas sufre mi alma,  
 Que aumentarlas fácil no es:  
 ¡Infeliz de mí! despues  
 Que me arrebató la muerte  
 Mi bien con su brazo fuerte,  
 Para aumentar mi agonía  
 Quieren que la mano mia  
 Dé al que hizo cruel mi suerte.

Inés.

Por Dios, señora, enjugad  
 Vuestras lágrimas, que el cielo  
 En tan fatal desconsuelo  
 Tendrá, sin duda, piedad;  
 Y cual tras la tempestad  
 Suele la luna esplendente  
 Brillar mas resplandeciente  
 Allá en la celeste altura,  
 Así en delicia y ventura  
 Se tornará el mal presente.

Leonor.

Deja, Inés, que el dulce llanto  
 Calme feliz mis enojos:  
 Que del alma, por los ojos,  
 Suele salir el quebranto;  
 Y si poder tiene tanto

El lloro, que á mitigar  
 Llega del hombre el pesar,  
 ¿Por qué pretendes, sabiendo  
 Que está mi pecho sufriendo,  
 Que yo no llegue á llorar?

Llora el árbol al tirano  
 Golpe del hacha importuna;  
 Llora en la noche la luna  
 Al morir el sol su hermano:  
 Llora el sangriento milano  
 Cuando una mano traidora  
 Roba los hijos que adora:  
 Llora el tierno ruiseñor  
 Las desventuras de amor,  
 Y llora perlas la aurora.

Llora el esplendente cielo  
 El rayo al abrir las nubes;  
 Lloran tambien los Querubes  
 La maldad viendo del suelo:  
 Llora el límpido arroyuelo  
 Su dulce curso al dejar  
 Y confundirse en el mar;  
 Llora el águila altanera,  
 Y llora la leona fiera  
 Si las abrumba el pesar.

Llora la roca escarpada  
 Torrentes de agua, y el viento,  
 Con suave movimiento,  
 Llora en la verde enramada:  
 Llora en la jaula encerrada,

La tórtola sus amores:  
Lloran las cándidas flores,  
Dulce nectar y ambrosía,  
Pues sobre la tierra impia  
No hay sino llanto y dolores.

¡Ah! pues calma los enojos,  
El lloro y los crudos males,  
Salgan en fuertes raudales  
Las lágrimas por mis ojos.  
Si son del dolor despojos  
Y calman las amarguras  
De todas las criaturas,  
Llore yo también con ellas:  
Llore mis tristes querellas  
Y acaben mis desventuras.

Inés.

No puedo contradecir  
Vuestro modo de pensar:  
Si hallais consuelo en llorar,  
Llorad para no sufrir.

Leonor.

¡Ah! yo quisiera morir:  
Morir sin vivir llorando,  
Porque es existir pensando  
De dolor siempre oprimida,  
Estar perdiendo la vida  
Cada hora que va pasando.

Y diciendo esto Leonor,  
Ante una imagen sagrada.

De la Madre Inmaculada  
Se arrodilló en su dolor;  
Y con ardiente fervor  
Y suspiros ecshalando,  
Hizo con acento blando  
Aquesta deprecacion,  
Bálsamo del corazon  
Que está en el mundo penando.

”Oh! tú, Madre de consuelo,  
”Que asentada en blancas nubes,  
”Cercada de mil querubes,  
”Hoy contemplas mi dolor:  
”Ten piedad de esta infelice  
”Que en tí tan solo confía:  
”Ten piedad ¡oh madre mia!  
”De mi ardiente y puro amor.

”Tú que perdonaste al hombre  
”Que á tu hijo enclavó altanero  
”En el rústico madero  
”Con inhumano furor:  
”Perdona también mis culpas,  
”Y estas lágrimas tranquilas  
”Que ruedan de mis pupilas  
”Por un recuerdo de amor.

”Perdona si yo rebelde  
”Hoy soy á mi padre amado;  
”Mas otro mi alma ha robado  
”Dejándome en el dolor:  
”Fernando es que hoy en el cielo  
”Goza del justo la palma:



"Por él hoy vivo sin calma:  
"Por él hoy muero de amor."

Mas no bien hubo acabado  
Aquesta oracion sencilla,  
Cuando un hombre en su barquilla  
Hasta el palacio llegó;  
Y amarrándola á una argolla  
Que estaba clavada al muro,  
Con paso firme y seguro,  
A tierra al punto saltó.

Son las once de la noche,  
Y aunque no brilla la luna,  
Tampoco el viento importuna  
Con su silbido cruel:  
Ni hay oscuros nubarrones  
Que anuncien cruda tormenta:  
Todo en calma se presenta,  
Y ni aun se mece el laurel.

El rio, el viento y las flores  
Yacen en calma serena:  
Ningun vientecillo suena  
Que turbe tanta quietud;  
Hasta que el hombre que á tierra  
Saltó con empeño tanto,  
Elevó este dulce canto  
Pulsando el suave laúd.

Muger hermosa  
Como los ángeles,  
Cual la radiosa

Lumbre del sol:  
Tú eres del cielo  
Querub purísimo:  
Gloria del suelo  
Rico español.

Tú eres la estrella  
Que guía al mísero  
Que de tu huella  
Siempre va en pos:  
Tú de mi vida  
Eres el bálsamo,  
Prenda querida  
Que me dió Dios.

A la ventana  
Muger angélica,  
Sal mas galana  
Que el astro rey:  
Sal, Virgen pura,  
Que tú eres mi ídolo,  
Tú mi ventura,  
Mi amor, mi ley.

Desde que la voz meliflua  
Del cantor oyó la hermosa,  
Su faz de un color de rosa,  
Grato y suave se cubrió;  
Y en éstasis delicioso  
Quedóse por un momento,  
Comprimido el dulce aliento  
Que dentro el pecho quedó.

Y lánguida, arrodillada,  
Sin levantarse del suelo,  
Con la mirada en el cielo,  
Sin nada ver ni pensar;  
En extremo conmovida,  
La voz estuvo escuchando,  
Divino placer gozando  
Que no se puede explicar.

Y cuando fin á su trova  
Dió el cantor, y no se oía  
Del laud ya la armonía  
Que de placer la embriagó:  
Dijo á Inés, lanzando un triste  
Y doloroso suspiro,  
¡Ah!... sin duda yo deliro.....  
Esa voz conozco yo!.....

—Y yo tambien, Ines dijo:  
Y ya iba ácia la ventana,  
Cuando una persona, ufana,  
Por ella al cuarto saltó;  
Era el cantor que subiera  
Por una escala atrevido;  
Y abrazando conmovido  
A Leonor, así la habló.

Cantor.

¿Me conoces, Leonor?

Leonor.

¡Oh! Fernando!...

Fern.—Imposible tal dicha eria.

Hoy dos años de cruda agonía  
Con usura me paga tu amor.

Leon.—Tú tan solo llorabas mi ausencia:

Yo, infelice, lloraba tu muerte:

Tu dolor era inmenso, era fuerte;

Mas el mio infinito dolor.

¿Por qué, ingrato, sabiendo la pena

Que debia ecsistir en mi alma,

No escribias, mandando la calma

En tu carta á esta triste muger?

Fern.—No me culpes, Leonor; ¡A! no hermosa:

No le culpes de ingrato á Fernando,

Pues el triste su hermana buscando,

Loco estaba sin tí y sin placer.

Yo juzgué que Fadrique era el hombre

Que mi dicha en mi hermana robaba;

Mas despues conocí me engañaba,

Pues él fué quien mi fuga impidió:

¡Ay! en vano en mi mente discurro

Quien el hombre inhumano sería!.....

Pues Fadrique no fué, que él seguia

Ya mis pasos y él fué quien me hirió,

¡Oh! que noche, Leonor!.... hasta el alba

Allí estube tendido en el suelo,

De mi sangre cubierto que en hielo

Se volvió con el frio cruel:

Brilló el sol, y sus trémulos rayos

Reanimaron mi cuerpo ya yerto;

Y del sueño de muerte, despierto

En un mundo de sangre y de hiel.